

## CAPÍTULO XXII

PROSIGO MI VIAJE HACIA EL SUR—EL *PINUS LUMHOLTZII*—COCINANDO CON NIEVE—TERROR DE LOS INDIOS—UN BANDIDO CABALLEROSO—EFECTO PERNICIOSO DE LA CIVILIZACIÓN EN LOS TARAHUMARES—UN HERMOSO EJEMPLAR DE LA TRIBU—EL ÚLTIMO DE LOS TARAHUMARES.

DESPUÉS de esta excursión, regresé á San Carlos caminando principalmente por sobre las altiplanicies del sur de la barranca, y á poco pude continuar mi viaje rumbo al suroeste. Los cordones de aquellas montañas siguen por lo general con dirección al sur, corriendo paralelamente entre sí.

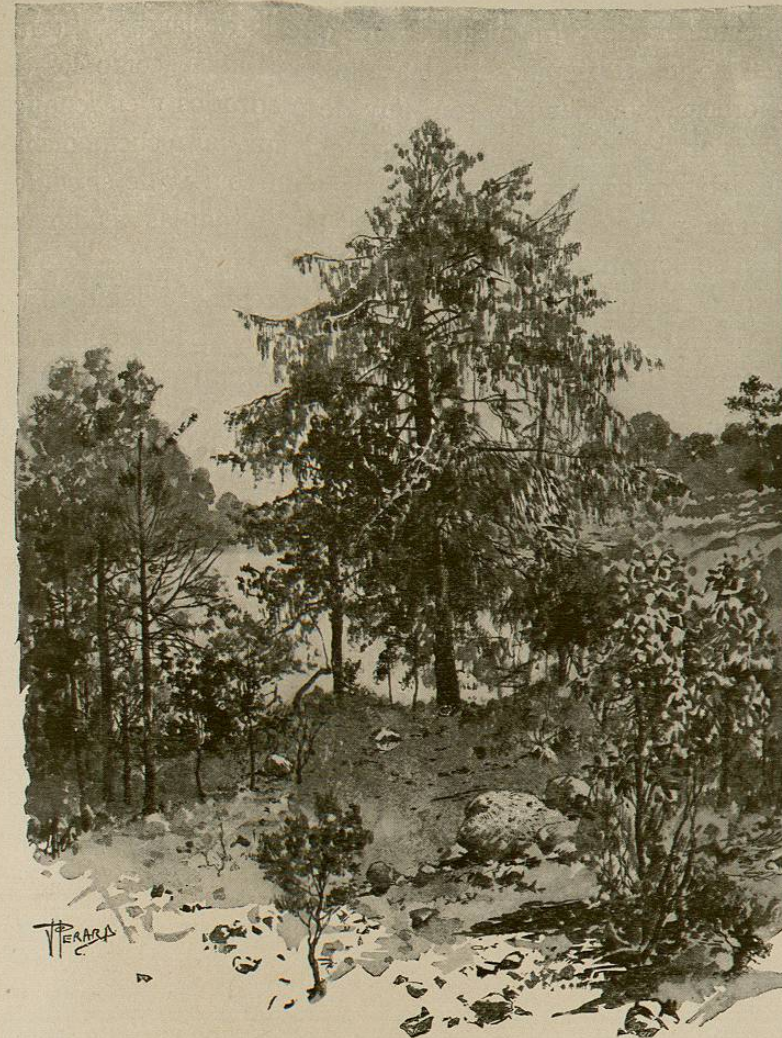
En un sitio en que estuve á una elevación de 8,800 pies, abarqué la hermosa vista de toda la parte central de la región tarahumar, alcanzando á ver hasta Cerro Grande, en el extremo septentrional del llano de Guachochic, en cuya dirección, como siempre, parecía el terreno enteramente plano. Muy próximos á nosotros se veían escabrosos arroyos y cordones, cubiertos de encinas en las partes bajas, y en las más altas, de pinos. Nos hallábamos en medio de vastos pinares que formaban, aun en la porción situada al norte de nosotros, una selva sin interrupción al parecer.

Los tarahumares tienen nombres para seis clases de pinos, una de cuyas especies, la primera que encuentra uno cerca de Tutuhuaca, era nueva para la ciencia. Aunque no es árbol grande, es muy ornamental por sus flexibles ramas semejantes á látigos y sus colgantes agujas de ocho á diez pulgadas de longitud. Crece á trechos y en grupos

## PINUS LUMHOLTZII

399

en las grandes alturas sobre tufo volcánico descompuesto. Tanto los indios como los mexicanos preparan un cocimiento con las púas, que consideran bueno para las en-



*Pinus Lumholtzii.*

fermedades del estómago. No es desagradable al paladar, pues tiene un sabor parecido al anís. Los tarahumares prefieren la madera de estos pinos para construir sus vio-



lines. Encontré árboles de esta especie rumbo al sur hasta la sierra situada arriba de Pueblo Nuevo, del Estado de Durango.

La vegetación de la Sierra Madre es incomparablemente superior y más exuberante que la de las frías tierras del norte. Los pinos de las altas latitudes, como los de Noruega, por ejemplo, son muy desmedrados y enclenques comparados con los gigantescos del sur. Frecuentemente los hay de 100 á 150 pies de altos y de 10 á 15 de circunferencia, y vimos algunas especies cuyas agujas tenían un pie de longitud.

La región que atravesábamos parecía deshabitada, y realmente muy pocos indios vivían allí. El cordón más próximo al en que estábamos, se hallaba cubierto de nieve, y con dificultad trepamos á un punto situado á 9,300 pies. No había agua, pero la nieve, que alcanzaba en algunos lugares hasta tres pulgadas de espesor, nos proporcionaba la que necesitábamos, bien que con cierto olorillo de pino. Á los mexicanos les disgustaba el sabor y decían que no tomarían nada cocinado con nieve; pero cuando les hube mostrado que era buena el agua obtenida de esa manera, también la bebieron.

Cuando llegábamos á algunas rancherías de indios, huían éstos á esconderse de nosotros, gritando aterrorizados. Notamos en su espanto algo tan inusitado, que el intérprete y yo nos apartamos del camino para averiguar lo que pasaba. Divisé corriendo entre los matorrales, lo más que podía, á un chiquillo que conducía á escape á una niña de tres años, sin soltarla para nada. Alcanzamos á los niños y á una mujer joven en la punta de una roca, y cuando logramos tranquilizarlos, contestaron prestamente á nuestras preguntas. Parece que dos individuos del lugar habían sido recientemente colgados por otros varios de Ciénega Prieta, el rancho que buscábamos. Una de las víctimas había revivido, pero la otra murió. Mi mu-

chacho indio Patricio tenía asimismo noticia de lo ocurrido.

Mucho se me había recomendado cuidarme de los ladrones del sur de Guachochic, aconsejándoseme no dormir nunca en las casas, lo que rara vez hice por otras razones. Había un hombre, Teodoro Palma, que gozaba especialmente de la extraña reputación de "bandido decente." En la desolada región en que residía, su padre había mantenido una banda de valientes malhechores que hacían regulares rapiñas, llevándose el ganado, etc. Pasaba como cosa corriente que los viajeros á quienes invitaba á entrar en su casa, nunca salían de ella, y que los cuerpos de las víctimas eran enterrados de noche en el cementerio del pueblo indio de Chinatu, situado á pocas millas de distancia. De entonces acá habían cambiado los tiempos, pues el hijo era más circunspecto en sus operaciones, pero todavía suficientemente activo.

Para evitarme un largo rodeo al oriente, había resuelto seguir el camino que pasa por dicho lugar, no obstante que los viajeros generalmente lo evitan, deseoso, por lo demás, de coger al toro por los cuernos. Cuando llegué al fuerte del ladrón, no encontré á don Teodoro en casa, pero lo esperaban para el día siguiente. Entre tanto, el administrador me llevó alrededor de la finca y me vendió algunas provisiones.

La casa era de aspecto bastante repulsivo. Rodeábala una pared de adobe de dieciocho pies de alta y estaba provista de dos pequeños baluartes con troneras para rifles.

Había en la residencia una capillita en que don Teodoro y, antes que él, su padre, se arrodillaban á rezar. El altar estaba adornado con pinturas de muchos santos, y en el centro había una imagen del Niño Dios, un crucifijo y una manzana artificial.

Al día siguiente, cuando llegó el dueño de la finca, inmediatamente fui á verle. Al entrar yo, estaba reprendien-



do al administrador, pero al punto que me vio se adelantó á recibirme. Aquel moderno Fra Diávolo tenía como treinta años; era, más bien, bajo de estatura, pero extraordinariamente bien constituido; vestía una chaqueta oscura con alamares, chaleco azul y liada al cuello una bufanda de muchos colores; lucía una roseta roja á un lado del sombrero, bajo cuya ala le brillaban los ojos negros y penetrantes, y usaba el cabello corto. En su conjunto era un buen mozo, salvo la expresión cruel y sensual de su fisonomía. Lo enérgico de sus modales, su actitud erguida y sus movimientos vivos y resueltos me revelaban un hombre de carácter violento y de determinaciones decisivas.

Me condujo á una pieza donde le presenté mi carta de recomendación del Gobierno Mexicano, y le expliqué lo que buscaba por la Sierra. Cuando hubo leído la carta, me aseguró que era mi amigo. Díjele que me habían contado que los ladrones andaban en las cercanías, y que en caso de que me molestasen, le suplicaba me prestase su ayuda, ya que era persona de tanto valimiento. Todo lo hice, por supuesto, con la seguridad de que, mientras él no nos robara, estaríamos sin peligro de amagos. Tomé en seguida su fotografía y la de su casa, con lo que se mostró visiblemente halagado, al punto de que me acompañó en mi camino como una milla abajo, donde llevándome aparte, me devolvió la pequeña suma que había yo pagado por las provisiones, diciéndome que no aceptaba dinero de sus huéspedes. Tuve, apenado, que admitir la devolución, y en correspondencia, le envié después un ejemplar de su fotografía.

El guía que me proporcionó don Teodoro nos señaló un lugar donde su amo había matado y robado á un hombre el año anterior. "Es mal tirador, agregó, si no descarga á boca de jarro, y camina generalmente de noche." En 1895, don Teodoro Palma fue muerto á su vez por los indios. Si los rumores que corrían acerca de él eran fundados,

merecía ciertamente esa suerte. Nunca se atrevía á bajar á los valles, por "las muchas muertes que debía," según dicho popular. Pocos años antes de mi visita, había sido asesinado y robado en las inmediaciones un americano, cuyos compatriotas residentes en Chihuahua ofrecieron recompensar á quien aprehendiera al asesino, muerto ó vivo. Don Teodoro supo que el crimen había sido perpetrado por cierto amigo suyo, y á fin de ganarse la gratificación, lo invitó á su casa donde lo mató á sangre fría.

Llegué sano y salvo á Guadalupe y Calvo, lugar antes floreciente, pero ahora enteramente muerto desde que se dejaron de trabajar las minas. Hay grandes ranchos mexicanos al sur de la ciudad, y todos los tarahumares de por ahí están al servicio de los mexicanos. Hay frecuentes alianzas entre ellos y los tepehuanes.

Así atravesé de norte á sur la región en que antiguamente dominaron los tarahumares. Hoy encuentra uno á esta tribu, aproximadamente, entre Guadalupe y Calvo y Temosachic, ó sea en otros términos, entre los grados veintiséis y veintinueve de latitud norte.

La civilización, tal como les llega á los tarahumares, ningún beneficio les presta. Sacude rudamente las columnas del templo de su religión. El Ferrocarril Central Mexicano aplasta sus cactus sagrados, cuya ira redundará para los pobres tarahumares en años de escasez y desgracias. En tanto que ellos se privan del placer de fumar durante el día para no ofender al sol con el humo, arrójanlo en espesas nubes, día con día, los hornos y máquinas de los blancos, dejando á los indios fuera de la vista de Tata Dios que no puede cuidarlos. En la locomotora misma, ven la representación del Diablo con larga lengua y crecida barba.

Lo peor es que la civilización va destruyéndoles su



patria, pues cada vez ensanchan los blancos los límites de la suya. Los mexicanos de clase principal rara vez, si acaso, molestan á los indios, de cuyo modo de vivir y de pensar difieren tanto; pero la clase de mestizos con quienes se hallan en contacto los tarahumares, ni pueden ni quieren hacerlos progresar, por ser ellos mismos ignorantes y poco escrupulosos. De suerte que el indio civilizado por ellos resulta intratable, pues ha aprendido el arte del engaño y el hurto, y ya no sabe cumplir sus compromisos. Conociendo el valor del dinero, se le despierta la codicia y sólo atiende á su propia conveniencia.

Los primeros blancos con quienes el indio traba conocimiento porque hablan su lengua, son los mercaderes cuya única mira es compelerlos á tratos leoninos y enriquecerse á sus expensas. Si el indio no quiere vender, el lenguaraz pierde la paciencia, le arroja algunos pesos, le quita el buey y se lo lleva. Muchos llegan á peores extremos, prestándole al indio, casi á la fuerza, dinero, telas, mezcal ó bien el uso de algún caballo. Muchos naturales rechazan el aguardiente, por bastarles sus estimulantes nativos, pero acaban por ceder viendo que no hay otro medio de librarse del abusivo y molesto vendedor. Conviene en devolver el supuesto préstamo en el plazo de dos ó tres meses; pero como no tienen calendario, fácilmente se equivocan en sus cálculos y se les cumple el término, con lo que dicho se está que el traficante sale ganando. En silla su caballo, busca al indio, arma bronca por el trabajo en que le pone para cobrar lo que le debe y carga no sólo enormes intereses por el vencimiento, sino que agrega excesos exorbitantes por honorarios y gastos de viaje. Con amenazas é intimidación obtiene que en tal exceso le compensen los daños que dice haber sufrido y en cambio de la mezquina suma que ha prestado, suele llevarse dos ó tres reses.

Los indios, que son honrados en sus convenios, no

sospechan al principio la picardía de los blancos, y sobre el particular se refieren numerosas anécdotas que ilustran bastante sobre el modo como se les engaña.

Una vez compró un mexicano á un indio, á crédito, una oveja, y después de matarla, la pagó con la cabeza, las tripas y la piel. Otro la hizo mejor. Pagó su borrego en la misma moneda, y "habló tan bien" que el indio se contentó con quedar debiéndole todavía, como resultado final de la transacción. Otro mexicano indujo á un indio á que le vendiera once reses que era casi todo el ganado que poseía. Convínose que el mexicano pagaría dos vacas por cada buey, pero como no llevaba vacas, dejó en prenda su caballo ensillado, y el indio sigue aguardando las vacas. Cuando le expresé mi sorpresa por la facilidad con que había sido engañado, contestó que el mexicano "hablaba tan bien!" Les halaga tanto oír su lengua en boca de un blanco, que desatienden toda precaución y quedan completamente á merced de los bribones que se aprovechan de tanta debilidad.

Hay lenguaraces que no se avergüenzan de desvalijar á los indios de cuanto tienen, por medio de fullerías en el juego. Un desdichado perdió varios bueyes en un juego del quince. Otros marrulleros piden á los naturales dinero prestado que nunca les pagan, ó les imponen contribuciones so pretexto de ser autoridades. No faltan entremetidos que en las fiestas de los tarahumares introduzcan el desorden embriagándose y violando á las mujeres. Cuando los indios son todavía dueños de la situación, se apoderan del que así los ofende y lo llevan ante las autoridades mexicanas, requiriendo que se le obligue á pagarles todos los gastos para otra fiesta, pues que ha quitado su valor á la que celebraban. En la parte central de la región, cerca de Norogachic, han dado muerte á algunos transgresores.

El mezcal sirve de intermediario para conseguir que